

# CARDENALES

DE

## ORIUNDEZ GUIPUZCOANA

Si nuestras manos no estuviesen consagradas al servicio de la Iglesia, fundada por Jesucristo, y la profesión, franca y clara, de su sacrosanta religión no nos obligara a detestar las reminiscencias de las deidades de la antigüedad, diríamos que en las inmutables tablas de Clio se incrustó siempre la verdad, porque ese fabuloso mito de la Historia no tuvo jamás ningún influjo en las esferas nebulosas de la inexactitud histórica.

Todos los pueblos, sin distinción alguna, se han enorgullecido con los hijos gloriosos que ilustraron con su saber o con su fama el nombre de la villa, ciudad o villorrio que les vió nacer, y muchos a porfía han vindicado el legítimo honor, disputado por otros, obstinados en engarzar joyas ajenas en la gloriosa enseña que corona sus limpios escudos, testigos de otras hazañas, de otros hechos y de otras glorias, llevadas a efecto por varones que nacieron bajo su protección.

Si a quien realiza un hecho o acontecimiento histórico, o se distingua en la gama social se aplicara el remedio que el célebre Fr. Sarmiento propuso en el libro que narra las «Obligaciones de autores e impresores», a fin de que no se discutiera dónde nacieron los autores de famosas obras, cuando con singular donaire pidió un Real decreto que obligara a quienes hayan de dar a luz o imprimir un libro pongan al principio de la obra, o en el medio, o al fin de ella una llamada o una hoja en la cual noticie al público quién es, de dónde, qué estado y profesión, qué empleo posee, qué edad tiene, cuándo nació y en qué parroquia está bautizado, qué padres tiene o ha tenido, y de

más particularidades de la vida, no se discutiría la cuna de muchos esclarecidos varones, como se discutió la patria del mismísimo famoso mencionado escritor, que en vez de apostillar al principio, en el medio o al fin de sus obras su naturaleza y sus servicios, olvidó en algún oscuro rincón de su convento su eficaz y famoso remedio.

También Guipúzcoa, o para decir con más exactitud, precisión y propiedad, también algunos historiógrafos de Guipúzcoa han vindicado para su patria la gloria de haber producido, entre otros ilustres hijos, al cardenal Muxica, que según Soraluce (1) y Gorosabel (2), escritores de mediados del siglo XIX, es hijo de la pequeña entonces villa de Gudugarreta, hoy barrio de Beasain, y que según el Dr. Isasti (3), esclarecido clérigo historiador del siglo XVII, es «descendiente de la casa solariega de Muxica, en la villa de Gudugarreta, en Areria».

He aquí una gloria aportada al caudal histórico de nuestro país por los cauces de la oriundez, y trasformada luego en gloria innata de Guipúzcoa.

Si en esta narración crítica nos atuviéramos tan sólo a lo que nos dicen los historiógrafos del país acerca del indicado Cardenal, llamado por unos Avila y por otras Muxica, pocas serían las líneas que pudiéramos ofrecer a nuestros lectores en el desarrollo de este tema tan interesante. Con decir que en la segunda mitad del siglo XVI fué primeramente Arcediano e Inquisidor de Toledo, luego Comisionario general de la Santa Cruzada, y por último Cardenal de Roma con el título de Santa Cruz de Jerusalén y Protector de España, nuestra labor quedaría terminada. Nada más que se refiera al ilustre personaje se ha sabido en el país vasco. Por ello, en nuestro tenaz empeño de resurgir las glorias eclesiásticas de nuestra tierra, siempre dedicamos especial cariño al eximio purpurado Muxica, que de ser hijo de Guipúzcoa, debería brillar en el horizonte glorioso de nuestra historia como uno de los astros de primera magnitud, puesto que la púrpura cardenalicia, que eleva al sagrado Principado de la Iglesia, si confiere delicados cargos, también es galardón que recompensa una eminente virtud y una esclarecida ciencia de unos muy contados varones eclesiásticos.

(1) Cfr. «Últimas líneas de Soraluce, o sea resumen y apéndice a la Historia general de Guipúzcoa», lib. II, cap. II, pág. 143.

(2) Cfr. «Diccionario geográfico histórico de Guipúzcoa», pág. 201.

(3) Cfr. «Compendio historial de la M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa», escrito en 1626 e impreso en 1850», lib. III, cap. II.

La antiquísima Basílica de Santa Cruz de Jerusalén de Roma, que encierra, entre otras gloriosas reliquias, la Santa Reliquia del Santo Madero de la Cruz, también guarda esculpida en una lápida mural la relación de los cardenales de la Iglesia Romana que han tenido el título de la mencionada Basílica. En esa memoria mural, después del Cardenal Alberto, llamado Austriaco, se hace referencia del Cardenal «Franciscus de Muxica y Avila», que ocupa el número XXVIII y gozó el indicado título en los años MDIC-MDCVI (1599-1606).

El archivo parroquial de la indicada iglesia de Santa Cruz posee también un interesante manuscrito que guarda algunos datos biográficos de los eminentes Cardenales que han venido sucediéndose en la Basílica, fundada por Santa Elena, madre de Constantino, y a la amabilidad de su celoso párroco debemos esta nota que, traducida del italiano, dice así: «Muxica Francisco, llamado Abulense, de Avila, según la costumbre de España en los segundones, después de haber hecho sus estudios en el Colegio de Salamanca obtuvo un canonicato y el arcedianato en la iglesia primada de Toledo; luego fué nombrado Inquisidor de la misma ciudad y Comisario general de la Cruzada. El año 1596 fué creado por Clemente VIII Cardenal con el título de San Silvestre, y poco después, en 1599, de Santa Cruz de Jerusalén, donde en 1606 fué sepultado. Pero después de mucho tiempo su cuerpo fué trasladado a España, para esperar allí con los anteriormente nacidos la común resurrección». En estos mismos términos el abad Bessarzi habla también del mismo Cardena en la página 126 de su «Storia della Basilica di S. Croce in Gerusalemme», publicado en Roma el año 1750.

Una de las obras históricas que con mayor amplitud narra la biografía de los antiguos cardenales de la Santa Iglesia Romana es la titulada «Vitæ et res gestæ Pontificum Romanorum et S. R. Cardenaliu», escrita por Alfonso, que se denomina Ciaconius (¿Chacón?), y revisada por un tal Agustín Oldoinus. Su publicación data de 1677. La mencionada obra al hablar del cardenal Francisco de Avila (1), refiere que era hijo de la estirpe clarísima de los «Muscica» o «Guzman», nacido, según Ughellio, en Avila, y por esa razón llamado Abulense o de Avila. Ninguna otra obra nos da con más detalles la vida del eximio cardenal que cursó sus estudios en la gloriosa Universidad salmaticense como alumno del Colegio de Santiago; fué canóni-

(1) Cfr. l. c., t. IV., col. 306-7.

go y arcediano de Toledo; más tarde Inquisidor Apostólico en la misma ciudad y nombrado poco después consejero de la Inquisición general del Reino de las Españas. En premio de sus grandes virtudes y sus amplios conocimientos en las sagradas letras, a propuesta del Rey Don Felipe II, fué creado Cardenal en 1596, recibiendo en Roma de manos de Clemente VIII la sagrada púrpura con el título de San Silvestre *in capite*, cuyo título dejó en 8 de Junio de 1599 por haber optado por el de Santa Cruz de Jerusalén. Muerto el cardenal Deza, el mismo Pontífice le nombró en 1600 Protector de España cerca de la Santa Sede, cuyo cargo desempeñó con suma bondad, fidelidad y celo. Como en todas partes, también en Roma se distinguió por la severidad de sus costumbres y por su recta doctrina. Tomó parte en las Congregaciones establecidas para moderar las agrias discusiones teológicas de aquella época, y en la del Índice, creada por Pío V en 1571, sobresalió en la defensa de la fe y costumbres.

El cardenal Muxica fué hombre docto, celoso y fiel cumplidor de los sagrados cánones, enemigo capital de todo engaño y lleno de tal bondad y sinceridad que nunca sospechaba en labios ajenos ninguna mentira. Por eso, según nos lo cuentan sus biógrafos, su buena fe fué sorprendida en algún negocio de importancia. Intervino en los cónclaves, que eligieron a León XI y a Paulo V, y después de llevar una vida de ejemplar disciplina eclesiástica, con una muerte digna de un verdadero eclesiástico, falleció en Roma el día 20 de Enero de 1606. Luis de Paramo habla de él con grandes elogios en su libro acerca del origen de la Santa Inquisición, y también Fr. Diego Alvarez de Medina, de la Orden de los Predicadores, hace mención del mismo Cardenal en sus comentarios a las profecías de Isaías. Según Petramel (in Mem. hist.), el bondadoso y enérgico varón apostólico dejó escritos algunos tratados exegéticos, que no liemos tenido la felicidad de hallarlos.

Pero a todo esto, ¿a qué patria hemos de engarzar la indiscutible gloria de haber producido tan insigne y preclaro Cardenal?

Como dejamos indicado, existe no pequeña confusión acerca de los verdaderos apellidos de este Cardenal, pues mientras unos le llaman Muxica, otros, como Cardella (1) y Novaes (2), le nombran Guz-

(1) Cfr. «Memorie storiche dei Cardinali della S. R. Chiesa, da L. Cardella», tomo VI, pág. 36 (Roma, 1793).

(2) Cfr. «Elementi della Storia dei Sommi Pontifici... di G. Novaes», t. IX, página 30 (Roma, 1822).

man. Sin embargo, todos concuerdan en denominarle Avila o Abulense, e incluso se cita con tal nombre una indiscutible firma del mismo Cardenal de Santa Cruz de Jerusalén (1). Pues bien, ni Guzman fué su apellido paterno, ni Avila el sobrenombre hereditario de su madre.

Claro está, que si tuviéramos a nuestro alcance los libros del antiguo Colegio de Santiago de Salamanca, quizá ellos nos darían la clave que resolviera todas nuestras dudas. Pero si tan de rondón fulgurara la verdad histórica, la labor oscura y paciente del historiador en vez de ser empresa a más de árida no pocas veces ingrata, sería pasatiempo agradable, que fácilmente compensaría con agradable satisfacción los afanes y desvelos consagrados a la búsqueda de fenecidas antigüedades.

Para el esclarecimiento de todas las confusiones, nuestras miradas se dirigieron primeramente al lejano archivo catedral de la Primada de Toledo, donde el cardenal Muxica desempeñó el arcedianato, y logramos saber que entresus muy importantes papeles guarda un voluminoso legajo que contiene las informaciones que se hicieron acerca de la hidalguía y limpieza de sangre del Licenciado D. Francisco de Muxica, canónigo y arcediano de dicha Catedral. Su conocimiento y los datos de los padres y naturaleza de nuestro biografiado, los debemos al actual ilustre Canónigo Lectoral de la misma Iglesia Primada, nuestro buen amigo Dr. D. Agustín Rodríguez, cuyo talento y erudición escalo a gran altura en su magistral estudio dogmático-histórico, titulado «La Misa», tan justamente aplaudido por el eximio autor de «Los Heterodoxos».

La mencionada información cierra todo camino a una estéril discusión, pues en ello consta con toda claridad que el Licenciado D. Francisco de Muxica fué natural de Avila, siendo sus padres D. Garci Vanez de Muxica y D.<sup>a</sup> María de Velasco, ambos también naturales de Avila. Fueron sus abuelos paternos D. Antonio Fernández de Muxica y D.<sup>a</sup> María de Avila, también naturales de la misma ciudad abulense, con casas y mayorazgo, y aunque un testigo dice que la indicada doña María nació y se crió en la villa de Peñaranda, sin embargo, parece que tan sólo fué a vivir a esta villa con sus deudos los Quintanilla de Medina del Campo. D. Nuño Avila y D.<sup>a</sup> Francisca de Bracamonte,

(1) Conjuntamente con Clemente VIII en el diploma que confirmaba la creación del Arzobispo de Buenos Aires, firmó: «Ego Fran. S. Crucis in Hier. Presbiter Card. Avila». Cfr. la obra antes citada de Ciaconius.

también de Avila, aparecen en esa información como abuelos maternos del mencionado Licenciado D. Francisco de Muxica, pero dejaremos a otros, a quienes pueda interesar más, la averiguación de cómo se convirtió su apellido materno de Avila en el de Velasco, que usaba la madre del Cardenal.

Ante un testimonio tan claro, evidente y decisivo no se puede dudar de los verdaderos apellidos del preclaro Cardenal, que asumió de su patria el sobrenombre Avila (1), y los vascos nos hallamos en el deber de restituir a Avila la gloria que algunos han querido atribuir a la antigua villa de Gudugarreta, de Guipúzcoa. Pero como el deseo natural de los pueblos de halagarse a sí mismos los oídos con glorias a veces bastardeadas por historiadores, poco escrupulosos, siempre se resiste a verse privado violentamente del honor que abrazó con cariño, y ya que se ha alejado tanto de nuestro país la cuna del ilustre Cardenal Muxica, ¿es posible vindicar siquiera su oriundez guipuzcoana, que revela su apellido netamente euskaldun? o ¿se equivocó o no el doctor Isasti al escribir a los pocos años después del fallecimiento del eminente Cardenal, que éste era descendiente de la casa solar Muxica, según él, sita en la villa de Gudugarreta, de la antigua Areria?

He aquí otro de los aprietos históricos del cual fácilmente nos ha de sacar la ciencia heráldica, auxiliar poderoso de la madre Historia.

D. Juan Carlos de Guerra, autoridad indiscutible en esos menesteres heráldicos del país vasco, describe los escudos de los Muxica de Guipúzcoa en los siguientes términos: «*Muxica*, en Gudugarreta, en campo de oro tres fajas rojas», y «*Muxica*, en Villafranca, en campo verde una banda de oro en bocas de dragantes entre dos escuditos de plata fajados de azul» (2).

El activo y diligente varón vizcaíno Fr. Agustín de Zuiniga, que actualmente ocupa en la ínclita Orden Trinitaria el importante cargo de Secretario del General de la indicada institución religiosa de redención de cautivos, nos ayudó en descifrar el blasón usado a fines del siglo XVI y principios del XVII por el Cardenal Muxica; y es de justicia agradecer su cooperación consignando su ilustre nombre en estas páginas. Ese curiosísimo blasón, que se halla copiado en Ciaconius con normas he-

(1) «At Franciscus hic noster Avilæ cognomentum non a matris genere sed a patria sumpsit», Ciaconius, l. c.

(2) Cfr. «Estudios de Heráldica Vasca». San Sebastián, 1910; pág. 148.

ráldicas distintas de las usadas en nuestros tiempos, nos lo fué aclarado por el conde Pasini, erudito director del Colegio Heráldico y de la *Revista Heráldica de Roma*. Con absoluto desconocimiento de los escudos de los Muxica de Guipúzcoa, he aquí cómo nos lo interpretó el sello del bondadoso Cardenal Muxica: escudo dividido en dos partes, el uno es el heráldico de Muxica y el otro el de su apellido materno; el blasón Muxica en campo verde tiene una banda de oro engolada entre dos escuditos de campo azul y dos fajas de plata; el de su apellido materno en campo de oro posee piezas de azul en forma de discos o bezantes.

Obsérvese que el escudo Muxica del Cardenal de igual nombre es el mismísimo que Guerra señala como propio de la solariega Muxica, de Villafranca, y que el diseño que nos hizo el heraldista romano, sin ninguna variante, es el mismísimo Muxica de la antigua Ordicia, que el heraldista vasco tiene publicado en las láminas que acompañan a su «Diccionario heráldico de la nobleza guipuzcoana» (1) y la oriundez guipuzcoana del ilustre y eximio Cardenal Muxica y Velasco queda más que suficientemente probada.

Con gran gloria y orgullo la noble Villafranca de Oria puede, pues, colocar al lado de su hijo el esclarecido religioso Fr. Andrés de Urdañeta, glorioso nauta y misionero de las Filipinas, el no menos glorioso nombre del Cardenal Muxica, como insigne y preclaro descendiente de la casa solar Muxica, sita en la misma villa (2).

EUGENIO URROZ ERRO, *Pbro.*

(Concluirá.)

(1) Cfr. l. c. lámina 4.

(2) En el famoso desafío de los gamboinos y oñacinos a las villas guipuzcoanas y a sus vecinos y moradores del año 1456, aparecen como vecinos de Villafranca *Pedro Ochoa de Uribe y Lopecho su hijo, y Garcí Ibañez de Mujica*.

# CARDENALES

DE

## ORIUNDEZ GUIPUZCOANA

(Conclusión.)

Conjuntamente con el Cardenal Muxica, oriundo y no hijo de Guipúzcoa, los historiadores del país se han acostumbrado a hablarnos del llamado Cardenal Necolalde. Refiriéndose a él nos dice el antes citado Soraluze, que desde el humilde y tosco sayal de novicio carmelita, merced a sus méritos y virtudes, fué elevándose hasta vestir la púrpura cardenalicia en el último tercio del siglo XVII. Añade, además, que en aquellos tiempos figuró mucho en España el Cardenal Necolalde y Zabaleta, hijo de la villa de la Real de Urrechua, a cuyo pueblo, por escritura otorgada en Madrid en 1674, regaló el cuerpo de Santa Anastasia y otras reliquias, conservadas en Villarreal como preciosos recuerdos de su insigne hijo. Sin embargo, en los anales de la Orden Carmelitana no aparece nuestro Fr. Francisco de la Cruz Necoralde y Zabaleta con la dignidad que le han atribuído sus paisanos. El referido Fr. Francisco, cuyo retrato se halla en la sacristía de la parroquial de su villa natal, fué Procurador General de los Carmelitas Descalzos, cargo que, sin género de duda, sus admiradores lo cambiaron por el de Cardenal de la Santa Iglesia Romana.

También una glosa de Paternina, añadida a la obra del Dr. Isasti (1), asevera que D. Juan de Isasi e Idiáquez, vástago ilustre del preclaro solar de Isasi, de Eibar, y que fué ayo y maestro del Príncipe Don Baltasar de Borbón, hijo del Rey Don Carlos III, llegó, después que

(1) Cfr. «Compendio historial» de Isasti, publicado en 1850. Lib. III, cap. II.

envió, a ser Arcediano de Guadalajara, Dignidad de la Santa Iglesia Primada de Toledo, y que murió electo Cardenal de Roma, teniendo en su poder la gracia del capelo.

Efectivamente, nos consta que en el archivo del muy ilustre marquesado de Santa Cruz, aparece el título de colación de Arcediano de Guadalajara; Dignidad de la Primada de Toledo, otorgada a D. Juan de Isasi e Idiáquez el día 9 de Abril de 1636, y que en él obra también el testimonio de haber tomado posesión de dicho beneficio el indicado D. Juan de Isasi, primer conde de Pie de Concha. Pero no existe ningún dato referente a que fué electo Cardenal, lo que da motivos para sospechar de la inexactitud de la nota de Paternina.

Los papeles viejos también nos hablan de un Beretervide, hijo de Tolosa, que fué secretario del Cardenal de Toledo, y del famoso guerrillero, el presbítero D. Francisco María de Gorostidi e Irazusta, hijo de Albiztur, que en premio de sus hazañas como coronel del «Cuerpo de guipuzcoanos realistas» que se organizó en 1822, recibió de Don Fernando VII una canonjía *cardenalicia* de Santiago de Compostela; pero de ningún modo hay que revestir a ninguno de ellos con el *manto de púrpura*, instituido por Paulo II.

\* \* \*

La poca extensión que nos vemos precisados a dar a este último párrafo de nuestro escrito, más que al carácter de los presentes apuntes, hemos de atribuir a la humildad verdadera y cristiana modestia del esclarecido varón, que ha de cerrar nuestra narración acerca de los Cardenales de oriundez guipuzcoana.

Nos referimos al muy ilustre y muy esclarecido varón el eminentísimo Cardenal Merry del Val y Zulueta.

Muy cerca de Pío X, ante la faz de todo el mundo, demostró sus excelentes dotes de carácter, ingenio y exquisita prudencia en la resolución de importantísimos negocios eclesiásticos, y no somos nosotros quienes de nuestra parte hemos de rendir un nuevo homenaje de admiración al ilustre Cardenal, que ha sucedido dignamente a los Consalvi, los Pacca, los Bernetti, los Lambruschini, los Antonelli y los Rampolla, que han ejercido en la Santa Sede el delicadísimo cargo de Secretario de Estado de Su Santidad el Papa, Vicario de Cristo en la tierra.

El eminentísimo Cardenal Merry del Val y Zulueta, hijo de ilustre

familia española, nacido en Londres en 10 de Octubre de 1865, fué ordenado de Sacerdote en 1889, nombrado Prelado doméstico de Su Santidad en 1897, consagrado Arzobispo titular de Nicea en 1900 y al fallecer el Pontífice León XIII en 1903 elegido Secretario del cónclave y del Sagrado Colegio Cardenalicio durante el interregno de León XIII a Pío X. Este santo Pontífice, de feliz memoria, le nombró pro-Secretario de Estado, y en el Consistorio de 9 de Noviembre de 1503 le creó y publicó Cardenal con el título de Santa Práxedes, confiriéndole el mismo día que recibió el capelo cardenalicio la Secretaría de Estado, cargo que desempeñó hasta el fallecimiento del llorado Pontífice. En 1914 fué nombrado Arcipreste de la Basílica Vaticana y Prefecto de la Fábrica de San Pedro y Secretario de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, primera en dignidad entre las Sagradas Congregaciones, por cuyo motivo es conocida con el título de *Suprema*, y cuyo Prefecto es siempre Su Santidad el Papa.

He aquí, a grandes rasgos y muy de corrido, los elevadísimos cargos que en la Iglesia Romana ha ejercido y ejerce con envidiable celo apostólico el piadosísimo varón, vástago de la muy ilustre familia de los Merry del Val y de la muy preclara casa solariega guipuzcoana de los no menos ilustres Zulueta.

El insigne heraldista guipuzcoano D. Juan Carlos de Guerra, a cuya paciencia verdaderamente benedictina debe el país vasco además de su «Diccionario Heráldico», su interesante «Armorial Vasco», aunque señala a Oñate y Elgueta como términos en cuya jurisdicción se alzó la ilustre casa solar Zulueta, de rancio blasón, la oriundez guipuzcoana del eminentísimo Merry del Val y Zulueta radica en la noble villa de Vergara, de gloriosa historia y cuna de muy nobles hijos. Los Zulueta de Vergara, que poseyeron la antiquísima casa-torre de Arguizan y la casa de Elgueta, habitaron en la calle de Bidacruceta. A principios del siglo XIX, uno de sus ilustres hijos estableció su hogar en Cádiz, donde resonó como ilustre gloria española el claro nombre de Zulueta. El caballero D. Pedro José de Zulueta, segundo conde de Torre Díaz y abuelo materno del eminentísimo Cardenal, aunque natural de Cádiz, vivió en Inglaterra, adonde marchó con sus progenitores, primeros condes de Torre Díaz, y en esa nación vió la luz la piadosa dama excelentísima D.<sup>a</sup> Sofía Josefa de Zulueta, que unió su felicidad a la felicidad del Excmo. D. Rafael Merry del Val, distinguido diplomático, que en las Embajadas de Su Majestad Católica ha representado a España

con universal renombre. En la de Londres vino al mundo y renació a la gracia el ilustre vástago que debía ocupar tan elevados cargos y debía dar tan relevantes ejemplos de piedad, celo y virtud a la Iglesia Romana.

Una laudable costumbre de todos los pueblos graba en las más blancas piedras de los más afamados talleres, y esculpe en los más duros bronce los nombres y retratos de los esclarecidos hijos que dan renombre, honor y gloria a los pueblos que los produjeron. La sangre guipuzcoana que circule en cualquier lugar de la redondez de la tierra, es siempre sangre cuya madre es Guipúzcoa, que la ha prestado a raudales a excelsos santos, gloriosos héroes, intrépidos marinos, esclarecidos estadistas y escritores y a piadosos eclesiásticos, que han regido diversas Sedes episcopales de España, Italia e Indias. Sin embargo, ninguno de sus hijos nacidos en Guipúzcoa se ha cubierto con el capelo cardenalicio, que erige a uno en Príncipe de la Iglesia. Que nosotros sepamos, sólo tres ilustres Cardenales son hijos de la sangre de Guipúzcoa: Muxica y Velasco, Merry del Val y Zulueta y Guisasaola y Menéndez. El actual Arzobispo de Toledo y Patriarca de las Indias occidentales, Cardenal de título de los Cuatro Coronados, al recibir el capelo, recibió también el homenaje de Eibar, villa de su oriundez. También Vergara y Villafranca han de tributar pleitesía de cariño, respeto y agradecimiento a los eminentísimos Cardenales Merry del Val y Zulueta, y Muxica y Velasco, grabando, al menos en los muros de alguna de sus vías o plazas, esos ilustres nombres que dan timbre y gloria a las villas que vieron nacer a los ascendientes de esos tan ilustres varones. Ello sería cumplir con un acto de justicia, que pide la madre Guipúcoa, quien dió su generosa sangre a tan preclaros y eminentes Cardenales.

EUGENIO URROZ ERRO, *Pbro.*

---